

un solo súbdito. La unidad de la Iglesia es para nosotros un fenómeno divino, que no se explica sino con la presencia perpetua del espíritu de Dios en medio de nosotros. Creemos que Dios se ha reservado la soberanía intelectual, y que todos los ensayos que se hagan para apoderarse de ella, no llegarán jamás sino á la servidumbre de las almas por la autocracia, ó á su ruina por la duda y la negacion. Por lo demás, estas dos pruebas son necesarias para la glorificacion de la unidad católica, para que asaltada siempre por imitadores armados con la ciencia ó el casco, pase por en medio de sus maquinaciones sin faltar á su destino, siempre virgen, siempre madre, siempre reina, y viendo deshacerse en humo las esperanzas de una rivalidad que no la sigue siempre sino para coronarla siempre.



SERMON TRIGÉSIMO PRIMERO.

De la organizacion y de la expansion de la sociedad católica.

MONSEÑOR :

Señores :

No hay duda que es mucho haber formdo en el mundo una sociedad intelectual pública, haber establecido ideas inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. La doctrina católica lo ha hecho, y ninguna otra lo ha hecho despues de ella. Pero por notable que sea esta obra, y aunque no se la pueda atribuir mas que al espíritu de Dios, como que es incapaz de tal monumento el espíritu del hombre, no obstante, no es este aun el término de la accion social reservada á la doctrina católica. La sociedad que ha creado no se llama con el nombre abstracto de que nos hemos servido hasta ahora, no se llama una sociedad intelectual pública; su nombre es mas grave, mas significativo, mas difícil de llevar, mas célebre, en fin, y ya os habréis anticipado, llamandola la Iglesia ó la sociedad católica. Si, este es su nombre; y este nombre supone desde luego que no se trata de una sociedad puramente intelectual, sino de una sociedad organica, en que ha tomado cuerpo la unidad doctrinal bajo un poder jerarquico, legislativo, judicial y administrativo, es decir, bajo un poder que

goza de la totalidad de atributos necesarios á la vida real de una sociedad. Tal es en efecto la sociedad católica, como lo hice ver hace diez años, cuando, apareciendo por primera vez en esta cátedra, y considerando el fenómeno católico por su lado mas exterior, traté de la organizacion de la Iglesia, lo que me impone el deber de no detenerme hoy en esto. Pasaré pues adelar te, y os haré observar que el nombre de católico no excita solamente la idea de la unidad intelectual en un cuerpo orgánico y viviente, sino que además significa la expansin universal de esta unidad: prodigio tan grande que la Iglesia, inspirada por Dios y desdeñando todos los demás títulos, tales como los de *una*, de *santa*, de *apostólica*, que tenia tambien desde el primer concilio ecuménico de Nicea, ha retenido el nombre de *católica*, como el que le pertenece por excelencia, y que soberanamente incomunicable expresa mejor esta fuerza divina y creadora que, despues de haberla dotado de luz, de santidad, de unidad, de organizacion, ha concluido por lanzarla al mundo con esta última corona de la universalidad.

Hablemos, pues, de la sociedad católica, hablemos de su expansion en el espacio y en la humanidad. Este es el objeto de este Sermon, en que veréis aun tantas pruebas nuevas de la omnipotencia de nuestra doctrina, que antes me cansaré yo de exponerlas que ellas se acaben. Si, el escrúpulo que siento algunas veces, Señores, es fatigaros con esta larga exposicion de milagros, y que á fuerza de repetiros que el dedo de Dios está aquí, no llegue el prodigio para vosotros al estado de lugar comun. Apoyadme contra tan singular desesperacion; sepamos considerar hasta el fin la obra divina, tan variada por otra parte en su uniformidad de fuerza, de sabiduria y de bondad.

La Iglesia es católica, es decir, universal; y en efecto, si es cierto que haya fundado Dios una sociedad, ¿cómo hubiera hecho de ella el privilegio de una casta ó de un pueblo, de un continente ó de un emisferio? Si Dios quiso fundar con sus manos un edificio social, seguramente que lo ha preparado para todos. Mientras que los hombres, cualquiera que sea la magnanimidad de sus designios, trabajan para sí, para su nacion, para una gloria y un horizonte siempre limitados, Dios hace brillar su sol sobre todos; ilumina las águilas en lo alto de los montes y á los pajarillos que cantan su creacion á la sombra de una espiga de trigo. Cuida de la hoja de una yerba como cuida de un cedro, se ocupa de un átomo como de una estrella, y siendo el carácter de sus menores obras la universalidad, con mucha mas razon imprimirá el sello de esta universalidad en una sociedad formada con sos manos para la conservacion y propagacion de la verdad. No quiere decir esto, que á pesar de este deseo de extender y augurar entre los hombres el reino de la luz, violenta á nuestra libertad y no nos permite escapar de las mallas de la red que ha desplegado sobre nosotros: no, tenemos este derecho en toda su plenitud, y él nos explica las aparentes debilidades de la obra divina. Si se rompe el hilo, como dice expresamente el Evangelio, es que la obra de Dios no excluye la obra del hombre, y que se hace lugar la libertad al través de la soberania, sin destruir no obstante el carácter de la union superior y señora, que triunfa finalmente hasta en la imperfeccion provisoria del resultado.

La Iglesia, decimos, la sociedad intelectual fundada por la doctrina de Jesucristo, es católica ó universal en su expansion. Pero, para entenderlo mejor, observemos otra vez, que no se trata de una simple expansion de las ideas inmutables y fundamen-

tales que constituyen el cristianismo; pues esto sería ya una magnífica universalidad, y no obstante esto no es más que una parte del misterio de difusión que llamamos la catolicidad. Además de la expansión de la unidad doctrinal, la catolicidad lleva consigo la expansión de la unidad jerárquica, legislativa, judicial y administrativa; lleva la creación de un poder doctrinal universal, de un poder jerárquico universal, de un poder legislativo universal, de un poder judicial universal, de un poder administrativo universal; lo que es simplemente el colmo de la locura. Hé aquí la tesis de la catolicidad.

Aun cuando los protestantes llevaran su doctrina por todo el universo, aun cuando esta doctrina fuese una é inmutable, tanto como está dividida y móvil, ¿qué habrían hecho? Habrían sembrado la Biblia en el mundo, y con la Biblia ciertas ideas que se contienen en ella; pero no habrían establecido universalmente su jerarquía, pues que no tienen, ni su legislación, ni su magistratura, ni su administración, puesto que tampoco tienen. Habrían hecho una obra maestra, intelectual, pero que en nada sería comparable con la de la sociedad católica, sentando por todas partes con su doctrina su unidad jerárquica, legislativa, judicial y administrativa. Me parece que están entendidos los términos del misterio.

Y este pequeño designio, Señores, este pequeño designio de un establecimiento católico en el mundo, no ha sido solamente el de Dios. Hace mucho tiempo, aun sin ascender hasta Nemrod, Nino y Sesóstris, que acarician los reyes este pensamiento, y que á ejemplo de Nabucodonosor, reúnen á sus grandes y á sus generales en la soledad de su gabinete para declararles que han tenido intención de someter el universo á su dominación. Hace mucho tiempo también que se desvanecen estos sueños de gigante al

dispertarse la realidad. Porque desde que el hombre quiere dilatarse, desde que se dirige al espacio, encuentra en la misma naturaleza material un obstáculo invencible á su ambición: los antiguos decían muy ingeniosamente que la naturaleza tenía horror al vacío; aun hubieran podido decir mejor que tiene horror á la universalidad, hablo de una universalidad facticia por la que quisiéramos someterla al mismo cetro y á la misma mano. El espacio es admirable bajo este respecto. Dios le ha dado tres clases de barreras contra el ardor de nuestras invasiones políticas y religiosas. La primera es la distancia. Conforme se aleja el rayo del centro, se debilita su dependencia; se obedece á cien leguas de distancia; á mil, casi no se obedece; á tres mil leguas, ya no se obedece; se aflojan todos los lazos y se rompen por el solo efecto del camino. Si subsiste alguna unidad momentánea entre la metrópoli y la colonia, no tarda el tiempo en dar la hora de la emancipación. La historia está llena de estas advertencias que la distancia no cesa de hacer á nuestro orgullo.

Pero no es sola la distancia la única muralla con que ha armado la naturaleza al espacio contra nuestras empresas de universalidad. Si la distancia es la espada del espacio, la configuración es su escudo. ¡Y qué escudo fundido y cincelado por manos maestras! Seguid con la vista esas cordilleras de montañas tan artísticamente dispuestas para crear fronteras inexpugnables; esos arenales ardientes que apenas pueden cruzar el dromedario y el camello, y que protegen también los vientos contra la marcha del viajero ó del conquistador; esas llanuras inmensas, áridas é inhabitadas en que no tiene puntos cardinales el despotismo para volverse á encontrar; esos pantanos pestilenciales; esas islas perdidas en el seno de los mares, y guardadas por arrecifes; esos

hielos de los polos; esas borrascas del Océano; todos esos mil obstáculos distribuidos con tanto arte, y que no han vencido sesenta siglos de esfuerzos y de exploracion.

Esto no era bastante. El clima ha venido á unirse á la distancia y á la configuracion para hacer del globo entero un desafio á nuestra impotencia. El sol ha escogido una ruta que nos trae su calor con una avaricia y una prodigalidad calculadas; háganse algunos dias de marcha, saltense algunos grados de latitud, y se verá á ese hombre poderoso, á Ciro, á Cambises, á quien querais, que ya no puede llevar su casco y que desarma su pecho! Otro dia, otro paso hácia el sol, y ved á ese ejército floreciente, que se prometia el imperio del mundo, desfallecer bajo la presion invisible de la atmósfera; el caballero baja á la sombra de su caballo, el infante se tiende en tierra; son como un niño que se ha paseado una hora de mas, y que se cuelga del vestido de su nodriza! Tocamos á las playas afortunadas de Italia; parece que su cielo y el nuestro son dos hermanos que han nacido con un solo año de intervalo; pero ¿quién no ha visto el dolor de algun hijo de Italia, transportado por el destierro bajo esas nubes de Francia que tanto nos placen? En vano el proscrito se calienta con los rayos de nuestra libertad; su frente se inclina, al peso del recuerdo y del pesar, como una flor que ha sido trasladada de un país distante á un suelo que le era desconocido, y que se consume en él sin alegría y sin perfume, porque está privada del sol, de las sombras y de los vientos de su patria.

Así resiste el espacio á nuestros sueños de universalidad, y todos los conquistadores han venido á estrellarse en él, uno en pos de otro. Cuando aquel joven Macedonio hubo tocado, despues de Granico, Iso y Arbellas, las riberas del Indo, y cuando su cora-

zon impaciente le llevaba mas lejos, hasta grabar su nombre en el limite mismo del universo, le detuvo su ejército. En vano se ocultó bajo su tienda, armado con toda la pompa de su gloria; fué preciso ceder y marcharse á morir en Babilonia en un festin, no sabiendo ya qué hacer con su poder y su ambicion. Los Romanos, esa raza tan paciente en preparar sus conquistas, tan dura en extenderlas, y que sabia fundir tan bien la solidez en la extension, los Romanos conocieron el mismo escollo. Llegados al Rin y al Eufrates, tuvieron allí una barrera que no pudieron levantar los consejos de su Senado y las agitaciones de su foro. Mas allá del Rin, dejaba Varo la osamenta de sus legiones; y del otro lado del Eufrates pagaba Craso con su vida y con su fama la temeridad en querer pasarle. No se agotarian los ejemplos, y nuestro mismo siglo ha visto su fastica repeticion. Largo tiempo hacia que el último de los capitanes habia dispuesto de la suerte á su voluntad; los Alpes y los Pirineos habian temblado bajo sus piés; la Europa escuchaba en silencio el ruido de sus pensamientos, cuando, cansado de ese dominio en que la gloria habia agotado todos sus recursos para complacerle, se precipitó hasta los confines del Asia. Allí, se turbó su mirada y sus águilas volvieron la cabeza por la primera vez. ¿Qué era pues lo que habia encontrado? ¿Era un general mas hábil que él? No. ¿Un ejército al cual no hubiese aun vencido? No. ¿O bien era que la edad resfriaba ya su genio? No. ¿Qué habia pues encontrado? Habia encontrado al protector de los débiles, el asilo de los pobres oprimidos, al gran defensor de la libertad humana: habia encontrado el espacio, y toda su potestad habia fallado bajo sus piés.

Porque si Dios ha creado tales barreras en el seno de la naturaleza, es porque ha tenido piedad de nosotros. Sabia bien todo el despotismo y la desgracia

que encierra para la raza humana la unidad violenta, y nos preparó en las montañas y en los desiertos retiradas inaccesibles: él abrió la roca de S. Antonio y de S. Pablo, primer ermitaño; trenzó con paja nidos donde no irá el águila á arrebatarse los hijuelos de la paloma. ¡Oh montañas inaccesibles, nieves eternas, arenales ardientes, pantanos pestíferos, climas destructores, os damos gracias por lo pasado, y esperamos en vosotros para el porvenir! Sí, vosotros nos conserváis libres oasis, tebaidas solitarias, senderos perdidos; vosotros no cesaréis de protegernos contra los fuertes de este mundo; no permitiréis á la quimica que prevalezca contra la naturaleza, y que haga del globo, tan bien formado por la mano de Dios, una especie de horrible y estrecho calabozo donde no se respire ya libremente mas que vapor, y donde el hierro y el fuego sean los primeros ministros de una autocracia desapiadada.

Pero ¿habrán hecho quizá las doctrinas lo que los conquistadores no pudieron? Tampoco. Señores, y bastará una palabra para demostrarlo. El budhismo indiano es incontestablemente entre las doctrinas aquella cuyo movimiento expansivo ha sido mas notable y la que ha imitado menos mal los procedimientos del cristianismo, porque no podría ponerse en paralelo con él el mahometismo, pues que no ha sido jamás sino una conquista violenta y que se comprende tambien entre las observaciones que presentábamos ahora sobre los conquistadores. El budhismo indiano ha tenido, al contrario, una propagacion pacífica y extensa que con razon atrae la atención, cuando se trata de la expansion comparada de las doctrinas. No obstante, su proceso es fácil, y hasta su mismo nombre de indiano decide la cuestion. ¿Porqué ha limitado el budhismo su proselitismo y sus progresos á las dos penínsulas de la India, al

Tibet, á la Tartaria, á la China y al Japon? Es verdad que estas regiones son considerables; pero ¿qué debilidad no hay en una doctrina que avanza tanto en comarcas contiguas y análogas, y que, una vez adquirido este desarrollo, se entierra viva en ellas sin dar un paso mas ni por mar ni por tierra! En Francia tenemos la libertad de cultos: ¿porqué pues no nos envía misioneros el Gran Lama del Tibet? ¿Qué es lo que puede temer? Despues de seiscientos años que hace que ha visto á nuestros religiosos y que parodia nuestro culto, ¿quién le impide mostrarse reconocido é iniciarnos en las ideas de Budha? Advertid, Señores, que solo hablo de las ideas, cuando se trata tambien de la accion jerárquica, legislativa, judicial y administrativa. Pero sería pedir demasiado al budhismo, tratar de saber quién obedece en la tierra al Gran Lama, y preguntarle de qué sociedad orgánica es verdaderamente centro y unidad. Limitémonos pues á las ideas, y júzguese del milagro de la catolicidad por el esfuerzo tan vano y tan estrecho del budhismo, esfuerzo que es no obstante la tentativa mas vasta de universalidad doctrinal fuera del cristianismo. Júzguese de él por el espacio tan estrecho en que se mueven todas las demás sociedades orgánicas que pueblan el universo. ¿Qué es el mayor espacio del mundo en un mapa geográfico? ¿Qué era esa famosa monarquía de España y de las Indias en la que no se ponía el sol? Algunos grados de latitud y de longitud serán siempre el límite de todo el poder humano, y es ya una máxima que la extension devora la unidad.

Solo la unidad católica se ha librado de esta ley de las cosas finitas. Apenas regada con la sangre que cayó de la cruz, apenas animada con el soplo de Pentecostes, cruzó el Eufrates y el Rin, visitó la Scitia, la India, la Etiopia, y mientras el Imperio se dividía

entre varios señores, ó cedía su tierra á los Bárbaros que lo sitiaban, ella derramaba, en la superficie múltiple del suelo romano, su unidad doctrinal, jerárquica, legislativa, judicial y administrativa, estrechando y fortificando su organismo social á medida que el antiguo mundo veía perecer el suyo. La Inglaterra, la Hibernia, la Germania, todas las playas del Septentrion le abrieron, cada una en su tiempo, un territorio mas nuevo. Ella pasó el cabo de Buena Esperanza con Vasco de Gama, descendió á América con Cristóbal Colon, siguió con la cruz en la mano á todos los aventureros de los siglos XV y XVI, elevando al lado de sus nombres los nombres de Las Casas, de S. Luis Bertran, de S. Francisco Javier; fundando cristiandades al abrigo de las factorias, persiguiendo y encantando á los salvajes hasta en sus mas secretas florestas. ¿Dónde no se halla en el día? ¿Dónde no se halla con toda su unidad? Ved cómo se desparrama sin dividirse por todas las bahias de la Oceanía. Desde lo alto de su cátedra única é inmutable, el Padre de ciento cincuenta millones de hombres dispersos por toda la tierra levanta la voz que enseña, y es creído: nombra obispos, y son recibidos; promulga una ley, y es venerada; pronuncia un juicio, y hay sumision á él; regla ceremonias, y son practicadas. La distancia, la configuracion, el clima, nada altera la majestad que manda y la obediencia que cumple, ó si se observa alguna diferencia entre el respeto que está cercano y el lejano, es toda en favor del poder, á medida que está mas desarmado.

¿Qué milagro, Señores! La Inglaterra en todo toca con su política y sus naves; pero decide que establezca en alguna parte su jerarquía, su legislación, su magistratura y su administracion, sin sujetar con la fuerza el punto del globo donde ella las lleve: la Inglaterra creará que os burlais de ella. No obstante,

esto es lo que hace diariamente Roma católica, sin que nadie lo advierta, pues su soberanía orgánica y universal ha llegado á ser un elemento natural de la humanidad. Se ha visto á esa enorme Inglaterra de que hablaba, separarse de Roma, proscribirla, inventar contra ella suplicios atroces, y á pesar de este aparato, Roma ha conservado en el seno de esta isla soberbia, durante trescientos años consecutivos, una cristiandad que recibía sus enviados, sus leyes, sus juicios, que oraba con ella, que pensaba con ella, que padecía y se regocijaba con ella, que moría feliz por ella. ¿Qué milagro, Señores, repito! ¿y cómo explicarlo?

¡Ay! voy á deciroslo: es que la naturaleza se rebela contra el orgullo y la dominacion; pero contra la verdad, contra el bien, contra Dios, no hay montañas, ni desiertos, ni hielos, ni sol ardiente, ni mares borrascosos, ni barreras armadas. Y por eso al anunciar de lejos el profeta esa potestad de universalidad que hay en la Iglesia, y complaciéndose amorosamente en ella, no se cansaba de dirigir á la naturaleza un reto triunfal, como oimos gritar á Isaías con todas sus fuerzas en el oficio mismo de este día: *Todo valle será alzado, y todo monte y collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos* (1). Y en otra parte, y mil veces: *Pasad, pasad por las puertas, preparad la senda al pueblo, allanad el camino, escoged las piedras, y alzad un estandarte á los pueblos* (2). ¿Y para qué, oh profeta? ¿para qué deben abrirse las puertas, caer las barreras, perder la naturaleza todas sus zelosas precauciones? ¡Ah! responde el profeta: *Mira que tu rey viene á ti, viene con justicia y dulzura, viene pobre y sentado sobre una asna y sobre un pollino, hijo de asna* (3). Hé aqui el que lo

(1) Isaías, cap. 40, vers. 4.

(2) *Ibid.* cap. 62, vers. 10.

(3) S. Mateo, cap. 21, vers. 5; y Zacarías, cap. 9, vers. 9.